

**HOMILIA DEL R.P. PETER-HANS KOLVENBACH
EN LAS EXEQUIAS DEL P. PEDRO ARRUPE**

"El 'Magnificat' del P. Arrupe"

Eminentísimos Señores,
Excelentísimos Señores,
Señores Embajadores,
Reverendos Padres y Hermanos,
Hermanos y hermanas,

Estoy profundamente agradecido a todos los presentes por su participación y su oración.

Siento asimismo el deber, en este momento, de expresar mi profunda gratitud al Santo Padre por la solicitud personal y el profundo afecto con que ha estado siempre cercano a nuestro llorado Padre Arrupe en su larga enfermedad, y hoy ha querido estar presente en la persona de su representante, Su Eminencia el Cardenal Eduardo Martínez Somalo. Permítaseme también añadir una palabra de especial agradecimiento a los médicos y enfermeros que por diez años han dado lo mejor de su competencia y dedicación para ayudar al Padre Arrupe en su grave enfermedad. Por fin, deseo agradecer al Maestro General de la Orden de Santo Domingo este servicio que, según una tradición antigua, ha querido rendir a un General nuestro difunto.

Nos encontramos reunidos aquí esta mañana para orar por el P. Arrupe, para orar con él, y para agradecer al Señor - sirviéndonos en cuanto sea posible de las palabras mismas del P. Arrupe - el habérnoslo dado.

Repasando los setenta años anteriores de su vida, con ocasión de su jubileo religioso, el P. Arrupe expresó el deseo de que su vida hubiera sido o, al menos, empezara a ser desde aquel momento, un continuo Magnificat. Su vida lo fue, y por la misericordia de Dios lo será ya por siempre. No obstante su deseo de actuar siempre a plena luz, de no sustraerse nunca a las llamadas de quien fuera, a las interrogaciones de sus hermanos o a las preguntas de los periodistas, el P. Arrupe hubo de confesar que había en él una zona oculta o semioculta aun para sí mismo: "la correlación estrecha entre Dios, que es amor y ama a cada uno de modo diverso, y la persona que, en el fondo de su esencia da una respuesta, que es única, pues no habrá otra idéntica en toda la historia". El llamaba a esta zona escondida "el secreto del maravilloso amor trinitario que irrumpe cuando quiere en la vida de cada uno" y desemboca en el triple amor que caracterizó toda la acción y todas las palabras del P. Arrupe: el amor a la Compañía - cuerpo para el espíritu -, el amor a la Iglesia del Señor, el amor a Cristo y a Dios Padre.

El amor a la Compañía lo vivía realmente como una irrupción del Espíritu. Lo imprevisto de las etapas decisivas, los virajes radicales de su camino eran, al decir del mismo P. Arrupe, vigorosos golpes de timón que el Espíritu de Dios daba a su vida: "La vocación a la Compañía de Jesús en medio de la carrera de medicina que tanto me entusiasmaba, y ello en la mitad del curso; mi vocación al Japón (misión por la que, hasta la llamada de Dios, no sentía ninguna inclinación) y que me negaron los Superiores durante diez años... mi presencia en la ciudad sobre la que explotó la primera bomba atómica; mi elección como General de la Compañía". Nosotros debemos añadir aquí: la imprevista enfermedad que cortó en seco para siempre su desbordante actividad. El P. Arrupe continúa: "... han sido acontecimientos tan inesperados y tan bruscos y han llevado al mismo tiempo tan claramente 'la marca' de Dios... Todo ello me hace desear que mi vida hubiese sido, o al menos sea desde ahora, un continuo Magnificat".

El mismo, siempre tan sensible al Espíritu, cuando fue elegido Superior General de la Compañía de Jesús, hacia el fin del Concilio Vaticano II, no tenía más deseo que el de servir a este don pentecostal y de expresar su amor por la Compañía transfigurándola en un cuerpo para el Espíritu, disponible para llevar a cabo con amor las consignas apostólicas del Concilio. El P. Arrupe se entregó de lleno al esfuerzo de conciliar las exigencias inmutables del carisma de la Compañía con las exigencias de la situación actual de la vida en la Iglesia y en el mundo. Un testigo de este esfuerzo del P. Arrupe ha escrito: "Trabajo difícil, delicado. No es de maravillar, por tanto, que en tantas cosas hubiese diversidad de opiniones y que tantas directrices pudieran ser objeto de crítica, especialmente cuando falsas interpretaciones o exageradas aplicaciones de ciertas orientaciones originaron abusos, que el mismo Padre General deploró más de una vez. Pero nadie ha criticado, ni podría criticar nunca, el esfuerzo generoso que animaba su empeño: adaptar la vida y apostolado de la Compañía o de tantas otras familias religiosas a través de la Unión de Superiores Generales, a las exigencias del Espíritu manifestadas en el Concilio para la Iglesia en el mundo actual".

El P. Arrupe, hombre al servicio del Concilio, cumplía ya lo que nos ha recordado el Sínodo extraordinario de 1985: ahondando en las fuentes de la tradición no hay nada nuevo, y sin embargo, en la escucha del Espíritu, todo es recreado como nuevo. Sin haber cambiado la Compañía, gracias al don del Espíritu que es el Padre Arrupe, todo es diverso.

Este largo trabajo de 18 años de Generalato, hubiera sido absolutamente absurdo sin una fe profunda en el Espíritu del Señor. Por esto se sentía el P. Arrupe tan cercano al padre de los creyentes, a Abraham. "Para mí aquella figura de Abraham fue siempre fuente de inspiración profunda. '¿A dónde va la Compañía?', me preguntaban; mi respuesta fue siempre: 'a donde Dios la lleva'. En otros términos, era como decir: 'no

sé; pero sí sé una cosa, y es que Dios nos lleva a alguna parte: vamos seguros, vamos con la Iglesia que va dirigida por el Espíritu Santo. Sé que Dios nos lleva a una tierra nueva, la de promisión, la suya. El sabe dónde está, a nosotros no nos toca sino seguirle".

Es también la figura de Abraham la que inspiraba la infatigable hospitalidad del P. Arrupe, su irreductible optimismo en la fe. Su amor a la Compañía era tan profundo, que se hacía visible en el amor, lleno de calor humano, respeto y confianza, a cada jesuita. Cada uno de sus encuentros eran indefectiblemente personalizados. Jamás salía de sus labios una palabra que no fuese de aliento y de esperanza. Con la fe desarmada de Abraham, presentaba sus manos desnudas, contando únicamente con la fuerza del Espíritu, a la que el Padre Arrupe deseaba ofrecer la Compañía, con amor, como instrumento siempre disponible, siempre pronto a servir y edificar su Iglesia.

Así, el amor a la Compañía desembocaba en el segundo amor del Padre Arrupe: el amor a la Iglesia del Señor. En su último mensaje a la Compañía pudo confesar: "durante estos diez y ocho años, mi única ilusión ha sido servir al Señor y a su Iglesia con todo mi corazón. Desde el primer momento hasta el último". Basado en la renovación espiritual de la Compañía por el retorno a las fuentes de la espiritualidad ignaciana, cimentado en la integración diaria de la contemplación del Señor con la actividad apostólica, el P. Arrupe asumía cordialmente las grandes consignas del Concilio Vaticano II y las demás misiones confiadas a la Compañía por el Vicario de Cristo: el desafío de la increencia moderna, el ecumenismo y el diálogo, el servicio del anuncio de la fe con el amor preferencial a los pobres y la promoción de la justicia, el apostolado teológico al servicio del magisterio ordinario de la Iglesia mediante los modernos medios de publicación y difusión, la inculturación y la ayuda a las Iglesias jóvenes y, hasta en su último mensaje, la invitación a afrontar el drama de los refugiados. Toda esta actividad no tenía sentido sino en nombre de la Iglesia, en la Iglesia y con la Iglesia. Fallar en la fidelidad al Santo Padre, Vicario de Cristo, "sería como firmar la propia sentencia de muerte", porque significaría "separarse de esta circulación del Espíritu que es propia de la comunión -koinonía- con la Iglesia jerárquica, con la Esposa de Cristo y su Vicario".

Cristo, hijo del Padre, manifestación del amor de Dios, es el tercer amor que caracteriza la vida del P. Arrupe, según sus mismas palabras. Todos los jesuitas saben cuál era la devoción del P. Arrupe a la visión de La Storta. El Padre Arrupe deseaba ardientemente, para sí mismo y para todos sus hermanos, que el Padre lo pusiese con su Hijo para tener parte con él, a fin de que los hombres tengan la vida en abundancia, el misterio pascual. Al Padre Arrupe le gustaba estar junto a Cristo, presente en la Eucaristía. ¿Quién no ha leído con emoción aquellas notas íntimas, que permanecieron inéditas

mucho tiempo, en que describe su "minicatedral: de apenas 6 metros por 4..., fuente de incalculable fuerza y dinamismo para toda la Compañía, lugar de inspiración, de consuelo, de fortaleza, de... estar!, estancia del ocio más actuoso, donde no haciendo nada se hace todo! La llaman 'Capilla privada del General'. Es cátedra y santuario, Tabor y Getsemaní, Belén y Gólgota, Manresa y La Storta. Siempre la misma, siempre diversa. Si sus paredes pudieran hablar!... de la vida que se consume en el amor, crucificada con Jesús, acompañada de María, ofrecida a Dios como la víctima que todos los días se ofrece en el ara del altar".

En su último gran discurso, el P. Arrupe revela que este amor a Cristo se traducía en su devoción al Corazón de Jesús: "No querría silenciar mi profunda convicción de que todos, en cuanto Compañía de Jesús, tenemos que reflexionar y discernir ante Cristo crucificado acerca de lo que esta devoción ha significado y debe significar, precisamente hoy, para la Compañía. En las circunstancias actuales, el mundo nos ofrece desafíos y oportunidades que sólo con la fuerza de este amor del Corazón de Cristo pueden encontrar plena solución. Este es el mensaje que quería comunicaros. No se trata de forzar las cosas ni de mandar nada en una materia en que entra por medio el amor... La Compañía necesita la 'dynamis' encerrada en ese símbolo y en la realidad que nos anuncia: el amor del Corazón de Cristo".

El amor a la Compañía, cuerpo para el Espíritu; el amor a la Iglesia, Esposa del Señor; el amor a Cristo, corazón de Dios: este triple amor, reflejo del amor trinitario, es el secreto de la vida del Padre Arrupe, cuyas obras y gestos han sido y serán para siempre un Magnificat.

Dando gracias al Señor, oremos por el Padre Arrupe, y oremos con él, que repetía la oración de San Ignacio en su Diario Espiritual, dicha desde el fondo de la debilidad - 'Desde lo hondo a ti grito, Señor':

Padre Eterno, confírmame;
Hijo Eterno, confírmame;
Espíritu Santo Eterno, confírmame;
un solo Dios mío, confírmame".